Pasión del Señor

"...considerar cómo la divinidad se esconde... " (EE 196).

"Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo,
que siento rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor 8, 9).

No crece la vida de Dios
desde la muerte humana,
sino la plenitud humana
desde la muerte del Hijo de Dios.

No realza la fortaleza de Dios
la debilidad nuestra;
la debilidad de Dios
construye nuestra fortaleza.

Porque sólo los ídolos
se alimentan de la sangre ajena,
pero Dios derrama
la suya para salvar la nuestra.

El cauce frío del hierro
que desgarra la carne,
orada con el mismo golpe
el corazón encarnado de Dios.

Y donde un golpe nos hiere,
acude incesante el agua viva,
pues sólo puede manar Amor
por el boquete abierto al Infinito.

Benjamín González Buelta s.j.

Si la vida de Jesús cuestiona, la muerte de Jesús deja una gran pregunta. La pregunta de todos los tiempos, la pregunta que muchas veces se hicieron los hombres y mujeres del Antiguo Testamento: "¿Por qué sufre el justo?" La pregunta que hoy se siguen haciendo muchos de nuestros contemporáneos. Nosotros mismos.

Jesús no vino a responder a esa pregunta. Jesús pasó por ella, la vivió desde dentro, la asumió de un modo distinto, desde la confianza firme y absoluta en el DIOS AMOR.

La Pasión pide contemplación... No es posible acceder a ella con razonamientos, sino desde el afecto, sabiendo "estar" ahí. Hay dos momentos en el año litúrgico, en que el único gesto posible es la adoración: cuando en Navidad besamos al Niño y cuando en Viernes Santo besamos la Cruz.

Esa es la actitud con la que acercarnos a la contemplación de la Pasión: de puntillas, con actitud de adoración, con silencioso recogimiento...

Con una gran libertad de Espíritu, como quien se dispone a perder, somos invitados a descentrados, dispuestos a dejarnos afectar por el dolor de otro, el dolor de Jesús, el dolor del mundo... Dejarnos iluminar en nuestro dolor.

Para la oración, podemos leer tranquilamente la Pasión y detenernos donde el corazón nos lo pida. O recrear, con la vista imaginativa, un momento de gran densidad, que presagia y condensa este Misterio desde una clave amorosa.

Mc 14, 3-9: La unción de Betania.

La mujer que derramó el perfume de nardo y rompió el frasco. Así es el amor. Esa mujer realiza ese gesto porque se ha sentido verdaderamente amada y esa mujer no tiene otro lenguaje que el del derroche y la desmedida.

Contempla la escena:

- Los invitados, la mesa puesta, la tensión en el ambiente, la llegada de la mujer...
- Imagina una suave fragancia de nardo llenando la estancia
- Contempla el frasco quebrado, inservible, exclusivamente destinad para esta ocasión.
- Ponte junto al corazón de esta mujer... ¿qué te transmite?
- Escucha el corazón de Jesús... ¿qué te dice?
- ¿Cuál es tu frasco, el que tú romperías?
- ¿Qué es lo que has entregado ya, definitivamente, por amor?